

Antonio Alatorre*

El mexicano y su lengua

Algunas consideraciones
antimetafísicas



¿Cómo es el español que se habla en México?¹ Lo primero que hay que decir es que estamos todavía mal preparados para contestar esta pregunta de manera exacta, científica. El estudio serio del español de México está en pañales. Sobre él se han realizado algunos buenos trabajos de detalle y, sobre todo, siguen haciéndose no pocas apreciaciones impresionistas. Los trabajos de detalle necesitan ser incorporados en una perspectiva total del español de México y del español general, y las apreciaciones impresionistas necesitan pasar por la prueba de la investigación lingüística para ser corroboradas (o, probablemente, arrojadas al cesto de los papeles). Para poder hablar con verdadera autoridad acerca del español de México son imprescindibles los estudios lingüísticos sólidos sobre el español de España y de Hispanoamérica, pues, como en todos estos países se habla en lo fundamental la misma lengua, las particularidades de una zona determinada tienen que precisarse, necesariamente, por un proceso de comparación y de contraste con las particularidades de las demás.

Y, sin embargo, el lingüista de 1968 está ya mucho mejor equipado que el de 1868. No sólo porque el de hoy es un verdadero lingüista mientras que el de hace un siglo era casi siempre un aficionado, sino porque el de hoy cuenta justamente con un número cada vez mayor de materiales de comparación y de trasfondo. En los albores de la investigación dialectológica hispanoamericana, en el siglo XIX, no era raro que el estudioso argentino, peruano, colombiano o mexicano “descubriera” peculiaridades de la lengua de su país que no eran sino formas coloquiales o vulgares del español de todas partes. Rodolfo Lenz, lingüista germano-chileno, explicó la mayor parte de las peculiaridades fonéticas del español de Chile por una influencia del mapuche. Años después, con una información más amplia y con sabiduría lingüística mucho más honda, Amado Alonso hizo ver que todos los rasgos de pronunciación a los que Lenz atribuía influencia indígena no sólo eran perfectamente explicables como fenómenos ocurridos dentro del sistema de la lengua española, sino que existían en zonas remotísimas del área mapuche, o incluso en todo el mundo hispánico. Hace poco cayó en mis manos un artículo —debido obviamente a la pluma de un aficionado— en que se explicaba la enorme abundancia de diminutivos en el español de México por influencia de la enorme abundancia de diminutivos de la lengua náhuatl. El lingüista un poco informado se sonríe al leer estas cosas, pues sabe que los diminutivos abundan por igual en todo el mundo hispanohablante. (No digo, por supuesto, que haya que eliminar *a priori* la posibilidad de una influencia del náhuatl sobre el diminutivo que abunda en el español de México. Pero no tiene sentido afirmarla simplemente: haría

* De El Colegio de México

¹El presente trabajo se leyó, con algunas modificaciones, en una mesa redonda organizada por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, el 21 de abril de 1968.



falta demostrar que esa abundancia tiene orígenes exclusivamente *nuestros*, distintos de los orígenes de una abundancia análoga de diminutivos en el español de Colombia o de Andalucía.)

Lo peor es que en esta clase de apreciaciones impresionistas del español de México suelen inmiscuirse las explicaciones psicológicas, las cuales parten de un supuesto fabuloso: que los mexicanos tenemos una estructura anímica distintiva y especial; que la pasta de nuestro ser íntimo es diferente de la pasta guatemalteca, salvadoreña o peruana. El que piensa que la abundancia de diminutivos es un rasgo *muy nuestro* difícilmente resiste a la tentación de atribuirla al mismo motor interno que nos hace vestir pulgas de charros y chinas poblanas, y que todo indica que somos delicados artífices, maravillosos observadores, gente fina y sutil y qué sé yo qué más. Así he oído también que sólo a un pueblo tan ingenioso como el nuestro se le podía ocurrir la graciosísima idea de bautizar a los taxis, según sus colores, como *cocodrilos*, *camarones* y *cotorras*. Y José Revueltas, en unas páginas publicadas hace poco, piensa que la intuición popular mexicana descubrió independientemente de Einstein la teoría de la relatividad, ya que si el mexicano dice *subir para arriba* y *bajar para abajo* es porque intuye que también es posible subir para abajo y bajar para arriba. Salto adrede de las opiniones del hombre de la calle sobre los nombres de los taxis a las opiniones de un escritor como Revueltas, no porque quiera lucirme dándole a éste una lección. Lo único que quiero subrayar es que ni el hombre de la calle ni Revueltas hablan como lingüistas. Es posible que se den en el mexicano intuiciones einstenianas negadas en cambio al costarricense. Pero la prueba lingüística falla: *subir para arriba* y *bajar para abajo* son expresiones que compartimos probablemente con todos los países de habla española, tal como el ingenio popular bautizador de taxis funciona en todas partes a las mil maravillas.

Es natural, sin embargo, que proliferen las visiones impresionistas cuando los estudios lingüísticos serios son todavía tan

escasos. Si los mismos lingüistas hablan sobre "el español de México" a pesar de que no existen descripciones completas, ni buenos diccionarios de mexicanismos, ni atlas lingüísticos de la República, ni mucho menos un buen estudio de conjunto, es porque ellos mismos tienen que conformarse, por ahora, con unas generalizaciones provisionales, de ninguna manera exentas de impresionismo. Pero aunque estas generalizaciones aguardan su confirmación y su necesaria precisión, sin duda tienen cierto grado de validez, por lo menos el suficiente para que sea lícito especular, de esa misma manera amplia y general, sobre los rasgos de la lengua que hablamos.

En otras palabras, por mal que se le haya estudiado, por necesitado que esté de descripciones y caracterizaciones científicas, existe *pragmáticamente* algo que se llama "el español de México". Reunamos a un madrileño, a un mexicano del Distrito Federal y a un argentino de Buenos Aires, procuremos que no sean individuos echados a perder por pruritos de corrección, y pongámoslos a hablar. En cuanto abran la boca se verá que cada uno de ellos utiliza un español distinto del de los otros dos —tan distinto, que a ratos no llegarán a entenderse entre sí. Un número prácticamente ilimitado de características fonéticas, melódicas, sintácticas y léxicas, desde las de grueso calibre hasta las microscópicas, han producido resultados cuyas diferencias saltan a la vista. Podemos decir que en este nivel empírico no hay problema: existe un español del Distrito Federal, tal como existe un español de Buenos Aires y un español de Madrid. No tiene vuelta de hoja.

Los problemas comienzan en cuanto tratamos de ver qué es lo que hay tras la realidad empírica. He dicho que el representante de nuestro país en ese diálogo a tres voces es un capitalino. Aquí se presenta ya un problema: porque ¿acaso representa el capitalino la lengua que se habla en el país? Por supuesto que no. Bien lo sé yo, que tras de sufrir burlas en Guadalajara porque mi modo de hablar delataba demasiado mi origen autleco, tuve que sufrir vejaciones peores en la ciudad de México no sólo por mi entonación de tierra caliente, sino porque llamaba *portillos* a los agujeros, *cabets* a las agujetas, *manera* a la bragueta, *canutero* al manguillo, *estampillas* a los timbres de correo y así en muchos otros casos. Y no es que Autlán, mi pueblo, constituya una monstruosidad lingüística dentro de México. Mi experiencia es, sin duda, aproximadamente la misma de todos cuantos han nacido en la provincia. El habla de los pueblos de México no coincide con la de la capital. Más aún: a menudo encuentro coincidencias, no entre mi pueblo y la ciudad de México, sino entre mi pueblo y Barranquilla (Colombia), o entre mi pueblo y Tucumán, o entre mi pueblo y alguna región de España.



BOLETOS EN



Me detengo en la hermosa palabra *estampilla* para hacer una pequeña especulación. Imaginemos que *estampilla* es voz desconocida en la capital y que, en cambio, es la que se emplea en la mayor parte del país. Imaginemos otrosí que *estampilla*, en el resto del mundo de habla española, es palabra bien conocida, o en todo caso más comprensible que *timbre* como designación del objeto en cuestión. Es claro que sería entonces un abuso presentar la palabra *timbre* como mexicanismo, como la palabra que se usa en México, y que más bien habría que considerarla un regionalismo.

No sé si la hipótesis concreta de *estampilla* y *timbre* resultará respaldada por los hechos. Hay que repetirlo: nuestros instrumentos de trabajo, tanto por lo que se refiere al español de México como por lo que se refiere al español del resto del mundo, son todavía rudimentarios. En el *Diccionario de mejicanismos* de Francisco Santamaría —tan insuficiente, y sin embargo tan valioso, pues malito y todo es el único que tenemos— encontramos, en primer lugar, muchas palabras comunes a todos los países hispanohablantes, por más que algunas se empleen en México o en partes de México con una acepción distinta; encontramos también palabras que, aunque no sean del español general, tampoco son exclusivas de México; otras que sólo se usan en Tabasco, digamos, o incluso que no son usadas sino por ciertos tabasqueños (y añadido que no pocas palabras de mi tierra, del rincón de Jalisco donde nací, brillan dolorosamente por su ausencia en ese diccionario). Nada me da derecho a ser categórico, pero no creo muy arriesgado decir que los mexicanismos, en el sentido de ‘voces a la vez *exclusivas* de México y usadas o al menos conocidas por *todos* los mexicanos’, son una verdadera excepción en este *Diccionario de mejicanismos*.

Pero tal vez me estoy poniendo demasiado exigente e hiper-crítico, sobre todo después de haber dicho que las generalizaciones acerca del español de México tienen cierto grado de validez. Es que me importaba llamar la atención sobre la necesidad de precisar y solidificar esas generalizaciones, de darles una base más seria y científica. Volviendo a mi pequeña autobiografía, es claro que el provincianito criticado por su *canutero* y sus *cabetes* habría tenido una experiencia muchísimo más traumática si en lugar de haber venido a la ciudad de México se hubiera trasladado, en el mismo estado de naturaleza, a Madrid o a Buenos Aires. En la ciudad de México, después de todo, yo podía llamar impunemente al zacate *zacate* y a la banqueta *banqueta*, cosa imposible en cualquiera de las otras dos ciudades. Aquí podía sostener conversaciones enteras sin necesidad de soltar ninguno de mis condenados autlanismos, mientras que en Madrid o Buenos Aires la zona de peligro se hubiera ensanchado inconmensurablemente: lo que allí habrían

RENTAR



detectado en cuanto yo abriera la boca no habría sido mi autlanismo, sino *mi mexicanismo*. Y mis críticos, con esta generalización impresionista, hubieran tenido evidentemente razón.

Generalicemos, pues, también nosotros. Digamos que el español que se habla en México tiene, en conjunto, un aspecto *sui generis* que lo distingue del que se habla en Cuba y en Guatemala, y con mayor razón del que se habla en Chile y en España. Habremos usado un criterio burdo, pero válido en líneas generales: tomando en cuenta las fronteras geográficas del país, habremos hecho un balance como Dios nos ha dado a entender, y en ese balance habremos encontrado, por ejemplo, que decimos *chamaco* y *escuínle*, y no *cipote* como en ciertas zonas centroamericanas, y que en cambio no decimos, como en ciertas zonas centroamericanas, ni *momentico* en vez de *momentito* ni *mesón* en vez de *casa de vecindad*, ni *lávate esas manos* en vez de *lávate esas manos*.

Es decir, verificamos nuestras existencias de una manera parecida a como se practica el balance en una casa comercial, donde después de X operaciones de compra de artículos y X operaciones de venta, X casos de pérdida de mercancía, X de mercancía fósil que nadie quiere, etc., queda tanto más cuanto de cada género. Estamos, en otras palabras, verificando los resultados del cambio lingüístico, un proceso iniciado en el momento mismo de la implantación del idioma castellano en esta parte del mundo.

Ahora bien, si un comerciante medianamente entendido puede prever el rumbo de sus ventas, pocas cosas hay tan imprevisibles y caprichosas como el cambio lingüístico. Pocas cosas menos sujetas a leyes. Una vez ocurrido el cambio, es posible encontrarle una lógica. En estos mismos momentos el lingüista interesado en los fenómenos del español de México puede observar, por ejemplo, la frecuencia cada vez mayor con que la *r* final de palabra se ensordece y asibila (produciendo, en palabras como *calor* y *cantar*, un sonido que parece mezcla de *r* y *s*); puede comprobar que este cambio ha comenzado a producirse primero en el habla de las mujeres —cosa nada rara,

pues en cosas de lenguaje, como en tantas otras, las mujeres suelen ser más revolucionarias que los hombres; y, finalmente, puede encontrar para esta innovación una explicación fonética razonable y satisfactoria. Pero el cambio mismo no era previsible de ninguna manera, y por el momento es imposible saber qué suerte va a correr el día de mañana. Creo que muy pocos de los mexicanos que pronuncian *calor* con *r* asibilada son conscientes de lo que hacen, y seguramente tampoco son muy conscientes del fenómeno aquellos que, sin asibilar su *r* final (o sin haberla asibilado aún), oyen hablar a un asibilador o a una asibiladora. El cambio fonético, si llega a consumarse, habrá ocurrido en medio de la inconsciencia general, sin más testigo lúcido que la observación (alarmada, o divertida, o científicamente desinteresada) de los lingüistas.

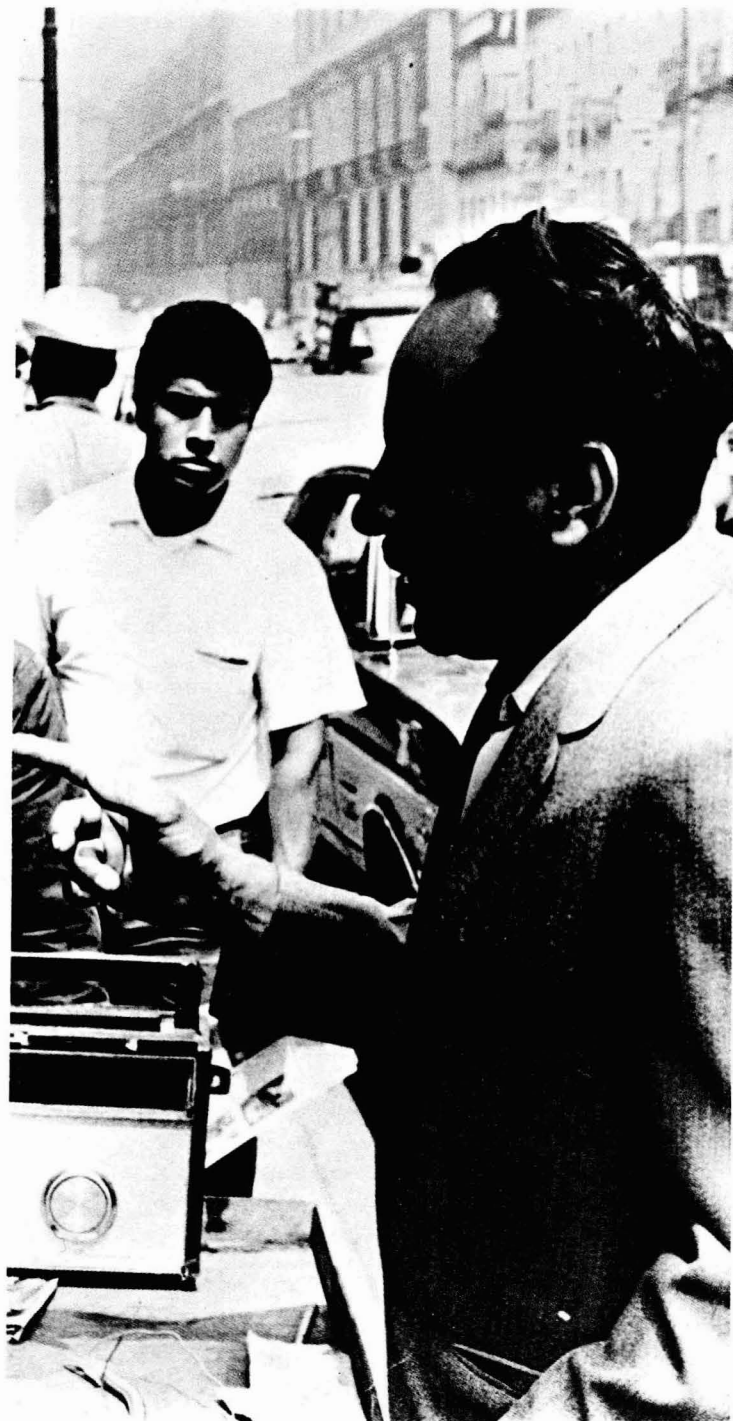
En otros casos, el cambio se produce en un clima más impregnado de drama. Yo, por ejemplo, soy enemiguísimo de que mis hijos me digan *papi*: quiero que digan *papá*, tal como yo le dije al mío y el mío al suyo. Pero mis hijos insisten, y, claro, a veces hay cierta tensión entre nosotros. Creo, sin embargo, que si mis hijos se salen con la suya, la razón estará de su parte y no de la mía. Yo no puedo parar el mundo con un dedo. Tampoco me gusta la palabra *confiable*, y me burlo de quienes la usan, produciendo con esto situaciones levemente dramáticas. Pero no sería extraño que *confiable* se impusiera, tal como se han impuesto miles y miles de palabras en la lengua desde los días de Cervantes, causando en su momento, cada una de ellas, su pequeña conmoción y su pequeña alarma. La repugnancia que me inspiran la palabra *panificadora* (¿por qué no *tahona*, eh?) o la palabra *automotriz* (sobre todo cuando es adjetivo masculino: “taller automotriz”) es un eco de la repugnancia de muchos hispanohablantes que, en épocas pasadas, protestaron dramáticamente contra palabras tan intragables como ésas, y que hoy son el pan de cada día. No vale, pues, la pena hacer demasiado escándalo, como ciertos periodistas y ciertos académicos, por estas pequeñas escaramuzas. ¿Tiene mucho sentido luchar porque se diga *embrague* en lugar de *cloch*, o “la rebelión de la *turbamulta*” en lugar de “la rebelión de las masas”?

Me detengo en estos procesos recientes o actuales —como *papi* y *confiable*— por la luz que pueden arrojar sobre procesos ya perfectamente concluidos en el pasado. Yo digo *zíper* y oigo decir *zíper* (y también, aunque menos, *cierre relámpago*). En México no han prosperado designaciones que se oyen en otros lugares, como *cierre ecler* o *cremallera*. Decimos *atómica* o *pluma atómica* y no *birome* como los argentinos, ni *bolígrafo* como los españoles. El lingüista, una vez más, puede explicar la aparición de *atómica* y de *zíper*, pero la elección





PA' TLAPALERIA



misma no obedeció a ninguna ley previa. ¿Por qué el mexicano que dice *cloch* en vez del castizo *embrague* del español, o *convertible* en vez del más castizo *descapotable*, es en cambio más castizo que el español al decir *boleto* y no *ticket*, y *estacionar* y no *aparcar*? Todo es imprevisible. En unas cosas somos conservadores y en otras innovadores. Lo que nunca se puede hacer es prever la dirección de nuestra respuesta. Frente al español de las últimas generaciones que ha implantado *fallo* derrocando a *falla*, la voz tradicional (y habla, por ejemplo, de “un fallo del motor” o “un fallo en los cálculos”), mientras nosotros, con gesto de hidalgos viejos, seguimos empeñados en decir *falla*, como nuestros abuelos; frente al español, también, que dice hablando de una niña malcriada “*la di unos azotes*”, mientras nosotros seguimos diciendo “*le di unos azotes*”, igual que en la época en que se escribió la *Celestina*, la figura que hacemos es la de tradicionalistas y enemigos del progreso. Pero en otros casos la tortilla se vuelve y somos nosotros los avanzados y ellos los reaccionarios.

No hay más que extrapolar estos fenómenos actuales y proyectarlos en el pasado, para tener una idea de lo que ha ocurrido. Cada una de las peculiaridades de pronunciación, de gramática y de vocabulario tiene detrás su pequeña —a veces minúscula— historia. La multitud de infusorios ha creado polinesias. Es un panorama ilimitado de batallas cotidianas, a veces conscientes, las más veces inconscientes, con sus derrotas y sus victorias y con sus huestes de revolucionarios y reaccionarios, de innovadores y conservadores, de herejes y ortodoxos. En cierto momento nos separamos de los castellanos diciendo *cabeyo* y “¡Qué bueno que viniste!” en lugar de *cabello* y “¡Qué bien que hayas venido!”, y en cierto momento fueron ellos los cismáticos cuando les dio por decir “ya se ha marchado” en casos en que nosotros continuamos diciendo, con patriarcal simplicidad, “ya se fue”, o cuando salieron con su “*le vemos*” y su *soldao* mientras nosotros nos aferramos a “*lo vemos*” y a *soldado*. (De manera parecida, en cierto momento los argentinos se apartaron heréticamente de nosotros y de los españoles al decir “todavía no vino” en vez de “no ha venido”, o *cabazho* en vez de *caballo* o *cabayo*.) El hecho de que digamos más bien *angosto* que *estrecho*, al revés de lo que se usa en España, tiene su historia. También la tiene el hecho de que conservemos *platicar*, que en España no pasa de ser un arcaísmo pintoresco, y de que pronunciemos *reloj*, *taxi* y *septiembre* y no *tasi*, *reló* y *setiembre* como los españoles (aunque, por otra parte, pronunciemos *súscrito* y no *suscripto* como ciertos argentinos). También debe de tener su historia el que de la larga serie *colina*, *collado*, *cerro*, *alcor*, *cueto*, *altozano*, *loma*, *otero*, etc., sólo nos hayamos quedado con *cerro* y *loma*. Y, para tener una idea algo menos esquemática de todo



este proceso, conviene no olvidar que muchas de las innovaciones prosperaron por igual en todo el mundo de habla española; que otras muchas sólo triunfaron en ciertos rincones (quizá, por ejemplo, únicamente en Autlán, Jalisco); y que otras muchísimas fueron revoluciones abortadas, estériles derramamientos de sangre, reformas efímeras que no consiguieron alterar ni un ápice la fisonomía de la lengua.

En el caso del español de México hay, además, un elemento diferenciador en el cual es imprescindible detenerse: la influencia del sustrato náhuatl, el papel de los indigenismos en el cuadro total de nuestra lengua.

En este campo deben haberse llevado a cabo batallas y escaramuzas parecidas a las que se desarrollaron en el campo de la herencia estrictamente española. El doctor Juan de Cárdenas, que escribía unos decenios después de la conquista, nos hace saber que el nahuatlismo *piciete* competía, en sus tiempos, con el extranjerismo *tabaco*. Como muy bien nos consta, *tabaco* expulsó a la palabra mexicana, seguramente porque los españoles estaban ya demasiado habituados a una voz que durante treinta años habían estado utilizando en las Antillas. Cada uno de los nahuatlismos tendrá también su historia, aunque no siempre sea fácil de seguir. ¿Por qué el *armadillo* no tiene nombre indígena, y sí lo tiene el *tlacuache*? El *guajolote* bien pudo haber sido un mero *pavo*, tal como el *mázatl*, en vez de hacerse *mazate*, acabó por ser simplemente *venado*. La *iguana*, el *maíz*, el *frijol* y la *cano*a perdieron su nombre náhuatl, pero no lo perdieron el *zopilote*, el *cemposúchil*, el *cenzonle* ni el *temazcal*. Tampoco lo perdió el *ixtle*, pero sí el algodón. (Y, caso curiosísimo, la palabra *tiza*, de pedigree náhuatl perfectamente certificado, se usa en España y en muchos lugares de Hispanoamérica, pero no en México, donde hemos preferido un término grecolatino: *gis*.)

Muchas otras cosas se podrían observar en cuanto al peso que tienen los mexicanismos (en este sentido concreto de nahuatlismos)

en el español de México. Por ejemplo, que su distribución dista mucho de ser uniforme, que abundan mucho más en la sierra de Puebla que en la ciudad de México o en el estado de Nuevo León, y que muchas regiones de la República, digamos Sinaloa y Yucatán, no tienen nada que ver con el náhuatl, a no ser como producto importado posteriormente.

Lo único que haré será declarar, no sé si con escándalo de algunos, que el papel del legado lingüístico indígena se ha exagerado mucho. Ya he hablado de quienes hacen al náhuatl, por ejemplo, el causante de la abundancia de diminutivos en nuestra lengua afectiva. Yo mismo, en un ensayo publicado hace años en esta misma revista, le di a ese legado lingüístico una importancia que ahora disto mucho de concederle. Los lingüistas de El Colegio de México, bajo la dirección de Juan Lope Blanch, han estudiado a fondo este aspecto. No parece haber un solo rasgo de pronunciación que hayamos heredado del náhuatl. Los casos de morfología nahuatlizante son muy contados (uno de ellos es el *-eco* de la palabra *autleco*). Y en cuanto al vocabulario, los miles de voces que figuran en el diccionario de Cecilio Robelo han quedado reducidos a unos modestísimos centenares: es decir, que los nahuatlismos que verdaderamente pertenecen a nuestra lengua, como *cuate* y *tlapalería*, por ejemplo, son un porcentaje mínimo en relación con la totalidad de ella. Así, pues, hacer consistir la peculiaridad del español de México en su colorido náhuatl sería tan insensato como decir que los nahuatlismos no tienen importancia alguna.

¿Y la influencia del inglés, de la que se habla tanto, y con tanto estremecimiento? Ya he dicho que yo no trago *confiable* (traducción de *reliable*) ni *papi* en vez del castizo *papá*, pero debo añadir que mis preferencias personales no repercuten apreciablemente en los usos lingüísticos de la nación, y que la gente no suele acudir en tropel a mi oficina (ni a la oficina de nadie) a pedir permiso para decir *papá* o para decir *rentar un carro* en lugar del castizo *alquilar un coche*.

No, la gente no pide permiso para hablar. Y ésta es la tragedia-media de los casticistas profesionales, que se desgañan contra el uso de la palabra *control* mientras infinito número de cronopios, alrededor de ellos, se empeña en decir *control* y *controlar* con enormísima alegría, sin el menor cargo de conciencia, hasta que un buen día el Diccionario de la Real Academia Española declara que *control* está bien dicho, acongojando y amargando así para toda su vida al ya de por sí hipocondríaco purista. Lo que sucede es que el casticista profesional no vive en su época. Admite seguramente la palabra *club* y quizá hasta la palabra *coctel*, que ya tienen su pequeña antigüedad en español, pero no admite *hot-dog*, ni *lunch*, ni *strip-tease*, que se han introducido en época más reciente.



LA AUTOMOTRIZ

320



Poco antes hice yo una pequeña trampa al oponer el castizo *papá* al anglicista *papi*. De hecho, lo castizo no es *papá* (galicismo introducido desvergonzadamente en el afrancesado siglo XVIII), sino *papa*, que es como dicen los campesinos de mi tierra y los de gran parte del mundo hispanohablante. Pero *papá*, acentuado a la francesa, fue en la lengua una entidad real desde el momento en que se introdujo en el uso, y no sólo desde el momento en que, unos cincuenta años más tarde, halló cabida en el Diccionario. También *control* ha tenido en el idioma una vida real y concreta sin esperar su aceptación por los académicos de Madrid. Y es ésta la misma vida real y concreta de los anglicismos corrientes ahora en el español de México (y en el de todas partes). Son un hecho lingüístico *ya ahora*, pese al gesto de reprobación de unos cuantos. Y, bien visto, si aceptamos el fútbol, con sus goles y sus faults; si aceptamos el cine, con sus flash-backs y sus script-girls; si aceptamos los automóviles, con su *clotch* y su *cárter* y su *mofle*; si aceptamos los supermercados, con sus *corn-flakes* y sus *choco-crispies*, no veo por qué razón debamos hacerles ascos a inocentes palabras.

Añadiré sólo, muy rápidamente, que es absurdo echarse a temblar por el futuro de la lengua española de México en vista de la "invasión de anglicismos". Esta clase de cambios no es sino una de tantas. Y nuestra lengua, como ya he dicho, se ha nutrido siempre de cambios y de revoluciones y de herejías. Es su vida misma. Por lo demás, no parece que el español de México haya recibido una dosis de anglicismos superior a la que han recibido otras regiones del mundo hispánico. Y creo que la salud del idioma español, en todas partes, es sencillamente espléndida. *Eso sí*, se parece cada vez menos a la lengua que hablaba Cervantes. Pero sería tristísimo que en estos tres siglos y medio se hubiera mantenido inmóvil. Inmovilidad sería falta total de salud, o sea petrificación, o sea muerte.

Esta vida del idioma ¿está gobernada o predeterminada por algo superior al idioma mismo, por un genio o dios rector del destino lingüístico? Si así fuera, si existiera un *mexikanisches Sprachgeist*, sería negocio fácil prever el derrotero de la lengua. Pero no: lo que suele llamarse "genio del idioma" no es sino una manera ligeramente espectacular y pomposa de designar ese balance a que antes me he referido, o sea un resumen de las "existencias" de la lengua en un momento dado. Así decimos —elegantemente— que va contra el genio del idioma español una construcción como "el colorado caballo", exigida en cambio por el genio del idioma inglés, porque, en efecto, lo que se dice en el español de hoy es "el caballo colorado". Hace tiempo se afirmaba también que el genio del idioma español rechazaba las palabras terminadas en consonante oclusiva, y que no aceptaba la palabra *frac* o la palabra *snob* sin castellanizarlas antes cuidadosamente:



fraque y *esnobe*, plural *fraques* y *esnobes*. Pero ¿qué sucede hoy? Pues que los hispanohablantes sí dicen *snob*, *club*, *out*, *yip*, *block*, *gag* y *bitnik*, y que, violentando también al susodicho genio, hacen plurales como *gags* y *bitniks* (en lugar de *gagues* y *bitniques*). El concepto de “genio del idioma” podrá ser prestigioso y decorativo, y hasta cómodo, pero de ninguna manera científico.

Y esto nos lleva de nuevo al temible campo de la psicología. La idea de “genio idiomática” está en relación con la de *Völkerpsychologie*, y una y otra parecen tan poco sólidas como la que el bueno del doctor Cárdenas, hace cuatro siglos, tenía acerca de los aires y vapores de México, que poseían la virtud de convertir al chapetón más cerril en un dechado de refinamiento lingüístico. El razonamiento sería el siguiente: el mexicano *es* de esta y esta manera; *ergo*, habla así y asado.

Pero las caracterizaciones nacionales, cuando no son peligrosas, son inútiles, o vacías, o ridículas. Creo que puede ser peligroso seguir sosteniendo que el mexicano es discreto, fino, crepuscular y amigo de los medios tonos. Creo que es ridículo sostener que el cubano es y será siempre superficial y dado al relajo. No hace mucho, Juan Antonio Maravall nos ponía en guardia contra esta manía, típica de espíritus simplistas, de reducir a fórmulas monolíticas y elementales lo que es turbulento y complejo. Hablando de la vacuidad de estos estereotipos nacionales, Maravall presentaba como ejemplo el estereotipo del español, sucesivamente rumboso y despilfarrador, exquisitamente cortesano y discreto, más tarde fanfarrón y perdonavidas, y finalmente austero y estoico, gran sufridor de ayunos y contratiempos, y observaba que esta última imagen era favorecida (y se comprende la razón) por el actual régimen de España.

Quizá sea menos ilegítimo hablar de la psicología de pueblos como el inglés o el francés que de pueblos como el mexicano. En esos casos, lo que se designa con la palabra “psicología” es cierta uniformidad, cierta coherencia, hecha de lazos históricos, culturales, políticos, sociales y económicos. México (resulta tonto decirlo) no tiene la integración socio-económico-político-cultural de Francia o de Inglaterra, es claro que se trata de pueblos que *siguen haciéndose*. El estereotipo del inglés flemático y reprimido, todo corrección e impersonalidad, se está desmoronando ante nuestros ojos mismos. Y, naturalmente, también el idioma francés y el idioma inglés están haciéndose y rehaciéndose, cambiando y reajustándose todos los días.

Lo cual no quiere decir que yo desconozca la existencia de ciertas preocupaciones colectivas del pueblo mexicano. Para no salirme del campo lingüístico, menciono dos trabajos relativamente recientes, uno de un lingüista y otro de un aficionado: el *Vocabulario mexicano de la muerte* de Juan Lope Blanch y la *Picardía mexicana* de A. Jiménez. Lope Blanch ha hecho una

recopilación, que parece exhaustiva, de las palabras y giros que tienen que ver con la *muerte*, y con *matar* y *morir*. Habría que esperar investigaciones análogas para otros países y ver qué diferencias se destacan del lado de México; pero, entre tanto, no parece arriesgado decir que el mexicano responde de una manera bastante peculiar y extraordinaria al estímulo de la muerte. El terror universal que ella produce ha cuajado entre nosotros en cierta forma característica, y con una abundancia de expresiones que resulta fascinante. La *Picardía mexicana* ofrece, entre otros materiales más o menos divertidos, una rica colección de “alburres”, curiosos juegos de palabras de contenido casi siempre homosexual. También aquí hacen falta colecciones de picardías españolas e hispanoamericanas que nos permitan comparar y sacar conclusiones, pero parecería que las universales obsesiones sexuales han cuajado en México en forma tal, que probablemente sea lícito hablar de “sello mexicano”. Y falta un trabajo amplio sobre las expresiones lingüísticas del machismo mexicano, como faltan también estudios lingüísticos sobre el machismo español y los diversos machismos hispanoamericanos. Estas obsesiones colectivas —el pavor de la muerte, los complejos sexuales, el machismo— pertenecen, desde luego, al campo del sociólogo, del antropólogo, del historiador y de otros diversos especialistas. Pero no me extrañaría que, en lo fundamental, obedecieran simplemente al estado *actual* de nuestra cultura. Y la cultura de este momento, por fortuna nuestra, puede cambiar —y mejorar— en los años venideros. Las definiciones de “lo mexicano” sólo tienen sentido cuando son balances que se repiten periódicamente.

Resumo y termino. El español de México es una zona lingüística del mundo de habla española; una zona delimitada arbitrariamente por las fronteras políticas del país; una zona ni peor ni mejor que las demás zonas que integran ese reino lingüístico; y una zona en que hay vida, o sea un complicadísimo proceso hecho a la vez de cambio y de permanencia. Este cambio y esta permanencia producen a veces fenómenos de diferenciación (y es éste el aspecto que más he subrayado en mi ensayo), pero muchas otras veces tienen lugar al unísono con las demás zonas de habla española. Y está muy bien que, en lo posible, México marche al unísono con ellas. La idea de que México llegue a tener una lengua *nacional* podrá halagar los ensueños chauvinistas de algunos, pero es un anhelo anacrónico y además muy poco práctico.

¿Rasgos lingüísticos peculiares nuestros? ¡Perfecto! ¿Diferencias regionales dentro de México? ¡Perfecto también! Pero sería desastroso que una locura colectiva o una catástrofe nos llevara a acentuar nuestras diferencias, a cortar nuestros lazos con los demás países de habla española y a poner tienda lingüística aparte.